

América Latina en la coyuntura mundial de fin de siglo: hacia un modelo postneoliberal de desarrollo

Se analizan los rasgos medulares de la experiencia adversa de América Latina en los años ochenta, se discuten las opciones que tiene de desarrollo e integración y se presenta al Pacífico Asiático como una alternativa relevante.

JUAN JOSÉ PALACIOS L. ♦

Introducción

Después de dos lustros de atravesar por la crisis económica más severa de los últimos cincuenta años♦♦, que constituyó un penoso bache histórico que hoy se conoce como la “década perdida”, América Latina enfrenta en los noventa la ingente necesidad de llevar a cabo un replanteamiento profundo de su trayectoria de desarrollo, a fin de restañar los estragos causados tanto por la crisis

♦ Departamento de Estudios del Pacífico, CUCSH-Universidad de Guadalajara

♦♦ Una versión anterior de este trabajo fue presentada en el Congreso Científico 1993 de la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina y la Fundación Friedrich Ebert. Freudenberg, Alemania, Octubre 27-29 de 1993



misma como por las estrategias y políticas de inspiración neoliberal que se adoptaron para enfrentarla, y de esa manera abrir nuevas vías que le permitan sentar las bases para un desarrollo más humano y más sostenible de cara al ya inminente siglo XXI. Para ello se requiere empezar por repensar la identidad histórico-cultural de la región partiendo del reconocimiento de que los conceptos mismos de América Latina y lo latinoamericano, de origen decimonónico y de inspiración francesa, empiezan a ser cuestionados en esta época en que fenómenos contradictorios como la integración y la fragmentación de naciones y territorios ocurren en el mundo con paradójica simultaneidad.

La búsqueda de nuevos senderos y nuevas identidades se da en un momento histórico en el que tanto los paradigmas sociales como los modelos de desarrollo que predominaron durante las últimas décadas están igualmente en crisis, y el mundo es dominado por poderosas fuerzas antagónicas como la globalización, el regionalismo y el estancamiento económico global, las cuales rebasan con mucho las voluntades y capacidades de los propios Estados nacionales para orientar su desarrollo. Simultáneamente, y como resultado del derrumbe del bloque socialista, de la declinación de la hegemonía estadounidense, así como del virtual colapso del sistema de regulación internacional surgido de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, un nuevo orden mundial se gesta en los noventa al desdibujarse el que estuvo vigente desde la posguerra.

Dada su realidad geopolítica, América Latina, o indo-afro-iberoamérica como la define Carlos Fuentes, se ubica al centro de la tríada de las regiones que se perfilan para compartir la hegemonía mundial en el siglo XXI: Norteamérica, Europa Occidental y el Pacífico Asiático. Por lo tanto, la búsqueda latinoamericana de nuevas vías de desarrollo tendrá que pasar por una ponderada definición respecto a su afiliación geopolítica y geoeconómica dentro de este complejo escenario internacional.

La región más dinámica del planeta, en medio del profundo estancamiento que experimenta la economía global, y al estar generando las nuevas formas de organización productiva que se

perfilan dominantes en la próxima centuria, así como los modelos de desarrollo y las formas de gobierno y organización política que ya inspiran a naciones de Oriente y Occidente, el Pacífico Asiático aparece como una fuente gigantesca de posibilidades para la diversificación de las relaciones tanto diplomáticas como económicas de América Latina, frente al poderoso arrastre de la América septentrional unificada en torno al Tratado de Libre Comercio y a la visión neomonroísta que éste entraña y que apareció con nitidez en la llamada Iniciativa de las Américas.

El propósito del presente trabajo es analizar el predicamento de América Latina y las opciones que tiene ante sí en esta coyuntura global en la que el mundo cambia su faz y poderosas tendencias condicionan ese proceso. En primer lugar se revisan los rasgos medulares de la adversa experiencia de los ochenta, proponiendo una interpretación alternativa a las predominantes. En seguida se discuten las opciones de desarrollo e integración que se abren para la región. Luego se esbozan las tendencias dominantes de la presente coyuntura mundial a fin de delinear el contexto en el que Latinoamérica intenta superar los problemas del decenio anterior, considerándose después el Pacífico Asiático como una alternativa relevante para esos propósitos. Se concluye con unos comentarios finales a manera de conclusión.

Trascender la década perdida

El bache de los ochenta

Después de cuatro décadas de crecimiento sostenido, durante los ochenta la América Latina experimentó la más profunda crisis económica en su historia contemporánea. Aunque se ha dado en caracterizar al período como la década perdida, en el sentido de que en esos años no se avanzó en los esfuerzos para crecer productivamente y atender las carencias y aspiraciones de las sociedades latinoamericanas, los ochenta fueron más bien un período de retroceso en la medida en que en ellos se revirtieron tendencias de



desarrollo que habían prevalecido cuando menos desde la posguerra.

La crisis fue realmente severa. El producto regional se estancó al registrar un crecimiento prácticamente nulo -0.01 por ciento anual promedio (Sagasti y Arévalo, 1992: 1104)-, mientras que la inversión bruta sufrió una drástica caída como proporción del producto al llegar a 15.7 por ciento en 1990, después de haber promediado 22.6 entre 1973 y 1981 (CEPAL, 1991b: 20).

A lo anterior se sumó una explosión sin precedentes de los déficits fiscales, de la inflación y, sobre todo, de la deuda externa en la mayoría de los países de la región. A fines de 1990, la deuda acumulada aún ascendía a 432 mil millones de dólares, llegando los intereses que ésta devengaba a 36 mil millones. La relación intereses/exportaciones llegó a 41 por ciento en 1982 y en 1990 aún ascendía a 25 por ciento, al paso que la proporción que representaba el endeudamiento respecto de las exportaciones se elevó a un máximo de 416 por ciento en 1986 bajando a 285 en 1990. Estas cifras cobran su real dimensión si se considera que los topes para llegar a la crisis financiera y a la insolvencia son 20 y 200 por ciento, respectivamente (CEPAL, 1991b: 20-21).

Los capitales latinoamericanos se fugaron masivamente al exterior, llegando a representar proporciones de la deuda acumulada de un 33 por ciento en Argentina, un 28 por ciento en México y hasta un escandaloso 82 por ciento en Venezuela (Sagasti y Arévalo, 1992: 1105). La participación de América Latina en los flujos mundiales de inversión extranjera directa se redujo asimismo, conduciendo a crecientes déficits en la cuenta corriente de la balanza de pagos, no obstante la presencia de amplios superávits en la balanza comercial durante los años ochenta.

Para completar el cuadro, durante los ochenta se agudizó la tendencia a la reducción del peso de las exportaciones e importaciones de la región en el comercio mundial, la cual venía observándose desde los años cincuenta: de 12.4 por ciento en 1950, la participación de las primeras se redujo a 3.9 en 1990, mientras que la de las importaciones cayó de 10.1 a 3.2 por ciento en el mismo período (Sagasti y Arévalo, 1992: 1105). No obstante, dado que en los

noventa se han empezado a dar indicios de un vacilante repunte del comercio exterior de América Latina y un volumen importante de capitales ha fluido hacia la región, se dice que el presente decenio puede marcar el inicio de su revinculación a la economía mundial.

El “ajuste” neoliberal como respuesta

Una circunstancia que las interpretaciones convencionales de la década perdida omiten, pero que es necesario destacar, es que el desencadenamiento de la crisis coincide históricamente con la llegada al poder en Estados Unidos y Gran Bretaña de los dos pilares del poderoso movimiento neoconservador que emergió dominante en el mundo en los ochenta: Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Ambos impulsaron una renovada y agresiva visión liberal de la economía y la sociedad, que impusieron a los países en desarrollo a través de los programas de apoyo de organismos internacionales que tuvieron virtualmente bajo su control como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Así, los países latinoamericanos acogieron sin ambages la visión neoliberal, en parte también por el hecho de que ésta cautivó literalmente a sus líderes dada la sorprendente simpleza de sus postulados básicos que se pueden resumir, parafraseando a Norberto Bobbio, en la divisa “menos Estado, más mercado”. El influjo que han ejercido estos postulados reside, además, en el hecho de que operan en beneficio directo de los grupos sociales más poderosos, así como en la posibilidad inmediata de traducirlos en estrategias y políticas concretas cuya naturaleza darwiniana vino a ser encubierta de manera eufemista con la denominación genérica de “políticas de ajuste”.

De acuerdo a esta visión neoliberal, los grandes males que emergieron en el mundo de los ochenta, y que en Latinoamérica caracterizaron a la década perdida, son fundamentalmente el resultado de la excesiva intervención de los gobiernos y las organizaciones obreras en lo que de otra manera serían unas eficientes economías de mercado. Por lo tanto, reza la doctrina, la solución es



regresar al imperio de las fuerzas autorreguladoras del mercado, a fin de que éste opere libremente y pueda cumplir con eficiencia su función como mecanismo de asignación de recursos (Bienefeld, 1989). Esta visión vino así a validar y dar sustento a las lecturas convencionales de la crisis latinoamericana de los años ochenta, que conciben a ésta como el resultado del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y de sus dictados básicos: la extensa participación del Estado y la orientación nacionalista de la actividad económica.

La doctrina neoliberal omite, empero, factores que fueron determinantes para el desarrollo y el agravamiento de la crisis, entre los que destacan: 1) el estancamiento económico que experimentaron los países industrializados que, como tendencia inherente al capitalismo, se inicia a mediados de los setenta y se agudizó en los ochenta; 2) la elevada dependencia de las economías latinoamericanas respecto del mundo desarrollado, que provocó que los efectos recesivos del estancamiento de éste último se transmitieran mecánicamente a las primeras; 3) el elevado proteccionismo que continuaron practicando en forma creciente los países industrializados; y 4) la contracción del comercio mundial que provocó todo lo anterior.

De cualquier manera, el hecho es que América Latina se dejó arrastrar por la avalancha neoliberal que barrió a todo el subcontinente durante los ochenta. Esto se manifestó con la llegada al poder de líderes conservadores en los países clave de la región, cuya oferta política consistió en sendos programas de gobierno que exhaltaban la libertad económica y las bondades del mercado. En esta forma no sólo ganaban el voto nacional sino que aseguraban el visto bueno de los grandes censores internacionales: Estados Unidos y las instituciones garantes del orden internacional que ese país imponía en la región: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Esto sucedió desde el Río Bravo con Miguel de la Madrid y Carlos Salinas en México, hasta a la Tierra de Fuego con Patricio Aylwin en Chile, pasando por Carlos Menem en Argentina, Fernando Collor de Mello en Brasil, Alberto Fujimori en Perú, César Gaviria en Colombia, y Carlos Andrés Pérez en Venezuela, quien

habiendo sido socialdemócrata toda su vida de pronto se convirtió a la fe neoliberal como condición para acceder nuevamente al poder, con las funestas consecuencias que ya se conocen.

Con sus variantes y matices nacionales, la prescripción fue común: privatización de entidades paraestatales, que se ha traducido en la sustitución de monopolios públicos por privados; socavación del poder de los sindicatos con el fin de implantar la flexibilización de los mercados de trabajo en beneficio de las grandes empresas, en particular transnacionales; “saneamiento” de las finanzas públicas, que ha significado, en la práctica, lo que se ha llamado “terrorismo fiscal”, el cual significa más impuestos y menos gasto social; abatimiento de la inflación vía el establecimiento cupular de topes salariales; liberalización de la economía a través de una extensiva desregulación de las actividades productivas; liberalización del comercio exterior, que se ha efectuado mediante una unilateral e indiscriminada apertura comercial, que a su vez se llevó a cabo a través de una súbita eliminación de permisos de importación y la drástica reducción de los aranceles.

La crisis se había desencadenado antes de que se generalizaran estas “políticas de ajuste”, pero al instrumentarlas se agravaron las dimensiones de aquella, y los costos que implicó se inclinaron hacia la masa de los que ya eran pobres: los asalariados y desempleados. Es decir, a los efectos de la crisis propiamente dicha se añadieron los costos sociales que engendraron las políticas neoliberales que han aplicado con ahínco la mayoría de los gobiernos latinoamericanos desde los ochenta. México ha destacado en este respecto, al grado de que ha sido proclamado, en años recientes, como caso ejemplar de ajuste económico y cambio estructural por parte de las instituciones gemelas de Bretton Woods y, más recientemente, por el propio gobierno estadounidense con motivo de su manejo de la crisis que desencadenó el “error de diciembre” de 1994.

El costo social del ajuste

El saldo más lacerante de la crisis de los años ochenta se ubica sin duda en el plano social. Aún cuando no alcanzan a dar cuenta del agudo deterioro que se registró en las condiciones de vida de la mayoría de los latinoamericanos, unos datos que indican su magnitud son: el consumo por habitante se redujo en un 13 por ciento durante el decenio respecto a 1980; además, el producto por habitante acusó una tasa negativa de -0.3 por ciento entre 1982 y 1989 cayendo aún más, a -1.8, en 1990 (CEPAL, 1991b: 20,15).

En general, el costo más conspicuo fue el crecimiento de la pobreza en todos los países de la región. En la II Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe celebrada en noviembre de 1990 en Quito, Ecuador, se declaró que para entonces 270 millones de latinoamericanos, que representaban 62 por ciento de la población total del subcontinente, vivían en condiciones de pobreza al haberse extendido ésta, dramáticamente, durante el decenio anterior (PRSP/PNUD, 1991: 463).

Por otra parte, en su informe Panorama Social de América Latina 1993, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) reportó que, durante los ochenta, 60 millones de latinoamericanos más pasaron a vivir en la pobreza, por lo que en 1993 dos de cada cinco habitantes en el medio urbano y tres de cada cinco en el rural, son pobres. Ilustrando este panorama, en 1990, el entonces responsable del naciente Programa Nacional de Solidaridad reconocía oficialmente que en México, el caso ejemplar de ajuste neoliberal, la mitad de la población vivía en condiciones de pobreza y la cuarta parte se debatía en la extrema pobreza.

En congruencia con lo anterior, en su Informe Anual 1992, el propio Banco Mundial reconoce que 42 por ciento de los habitantes del subcontinente aún no tienen acceso a instalaciones sanitarias y 30 por ciento no cuentan con electricidad, y admite formalmente que “en la mayoría de los países de la región los pobres sufrieron en forma desproporcionada durante los años de la crisis” (*Siglo 21*, 20/sep/93: 26). Más aún, el organismo advirtió que la continuidad del

crecimiento requiere de la instrumentación de nuevos programas de educación, salud y nutrición, ya que los avances logrados con las políticas de ajuste en América Latina pueden desvanecerse si no se hace un esfuerzo serio para abatir la pobreza.

Lecciones de la década perdida

Lo que la amarga experiencia de los años ochenta ha mostrado es que la salida neoliberal vino a exacerbar los costos sociales de la crisis económica que asoló a América Latina durante ese decenio. David Ibarra, quien fuera secretario de Hacienda de México durante los años en que hizo erupción la deuda de este país y lo llevó a la suspensión de pagos en 1982, dice que “es inescapable la conclusión de que la estabilidad, el ajuste económico, y el tipo de transformaciones estructurales que se implantan en América Latina refuerzan sesgos sistémicos proclives a crear desigualdades en el reparto de los ingresos y a extender el ámbito de la pobreza” (Ibarra, 1993: 46). Añadió Ibarra que la región busca ahora cómo hacer compatibles las exigencias del neoliberalismo con el objetivo de satisfacer las carencias sociales e instaurar un proceso de desarrollo sostenido.

Lo que ocurrió en los ochenta fue que, como lo ha señalado Bienefeld (1989) invocando a Karl Polanyi, al elevar al mercado al estatus de mecanismo rector de la economía y la sociedad, una vez más se olvidaron las lecciones que otras experiencias históricas de excesos liberales nos han dejado, particularmente la de fines del siglo XIX y la de los veinte. En ambas se intentó aplicar utópicamente los principios del libre mercado para regir la operación tanto de las economías nacionales como la del sistema económico internacional: la primera condujo al caos económico y político que desembocó en la Primera Guerra Mundial y, así, a la necesidad de crear instituciones reguladoras como los bancos centrales, mientras que la de los alegres años veinte precipitó al mundo occidental al crack de 1929, a la Gran Depresión de los treinta, y a la salida final de ésta que fue la Segunda Guerra Mundial.



Lo que se hizo en el período inmediato a la posguerra fue crear instituciones y aplicar políticas orientadas tanto a acotar la influencia como a regular la operación del mercado a nivel nacional e internacional, a fin de reducir lo más posible sus efectos perniciosos. Esto lo han señalado incluso intelectuales conservadores como Octavio Paz, quien en una entrevista, a fines de 1991, afirmaba que “la historia económica moderna de Europa y Estados Unidos es la historia de las continuas correcciones al mercado libre” (Marras, 1992: 453). Sin embargo, esta tendencia se olvidó en el decenio pasado. Como bien lo expresa Bienefeld: “no puede haber duda de que las lecciones que fueron tan exitosamente aplicadas en el período temprano de la posguerra han sido completamente revertidas; es la creencia misma en el mercado autorregulable, la cual fue seguida con tanto fanatismo en los 1920s, la que ahora ha venido una vez más a dominar la formulación de políticas en los 1980s” (1989: 21).

A mediados de los noventa los males de la década perdida todavía no desaparecen y aún continúan agravándose. Siguiendo con la tendencia observada desde la segunda mitad de los ochenta, la balanza comercial de la región ha seguido deteriorándose en los últimos años como consecuencia de la eliminación de restricciones a la importación. De acuerdo al Fondo Monetario Internacional, de un superávit de 12,403 millones de dólares en 1990, en 1991 se registró un déficit de -5,300 millones, que se quintuplicó en un año al llegar a -27,500 millones de dólares en 1992.

Por otra parte, y contra la imagen que se ha creado de que se trata de algo superado, la deuda externa sigue siendo un problema sumamente grave para la mayoría de los países de la región. En su informe Panorama Económico de América Latina 1991, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) reportaba que la deuda de la región, como ya se dijo, ascendía a fines de 1991 a 432 mil millones de dólares, y reconocía que la misma seguía constituyendo “un problema relevante” ya que varios países habían vuelto a recurrir a créditos del exterior y los saldos en mora de muchos otros seguían acumulándose; el Plan Brady, sencillamente, no funcionaba (CEPAL, 1991b:20).

En ambos aspectos, México destaca como caso notable: en 1992 el déficit en su cuenta corriente registró un máximo histórico de 22,809 millones de dólares a consecuencia de un déficit comercial sin precedentes de 20,609 millones de dólares. En cuanto a deuda, a fines de 1981 el monto total de los pasivos con el exterior ascendía a 85,220 millones de dólares, de los cuales 75,061 correspondían a deuda y 10,159 a inversión extranjera directa; en marzo de 1993 el monto de los pasivos se había elevado a 175,530 millones de dólares, de los cuales 104,847 eran de deuda externa, 40,624 de inversión extranjera directa y 30,059 correspondían a inversión extranjera en valores bursátiles (IIEc, 1993: 1). Es decir que entre más severo el ajuste neoliberal más graves han sido las consecuencias, aun en materia económica, según lo muestra la experiencia mexicana.

La interrogante es, entonces, qué se puede hacer de aquí en adelante. Se trata de concebir un nuevo modelo de desarrollo para América Latina que permita guiar los esfuerzos al interior y definir una estrategia para replantear su integración al resto del mundo en el nuevo contexto internacional de los noventa. La tarea es, por lo tanto, formular un nuevo paradigma que permita reencauzar la trayectoria de desarrollo de la región bajo un enfoque alternativo al que ha predominado desde hace más de una década.

Para ello se debe considerar que las perspectivas en los noventa no son mejores que en los ochenta. Además de que, como se apuntó arriba, los fenómenos y tendencias negativas de ese decenio persisten en el actual y el estancamiento de la economía mundial acusa una gravedad creciente, no obstante los denodados esfuerzos que se hacen por minimizarlo calificandolo como una simple desaceleración o un bache recesivo de carácter cíclico, al cual hasta se le fijan fechas exactas para su terminación. Empero, hay que recordar que una recesión que se prolonga por varios años se convierte en una depresión; por más que se trate de ocultar, esto es lo que ocurre desde hace varios años en el mundo. Por lo tanto, el nuevo modelo de desarrollo para América Latina tendrá que incluir fórmulas tanto para superar la década perdida como para enfrentar este adverso escenario.

En busca de un nuevo modelo de desarrollo

En su trabajo, referido en páginas anteriores, David Ibarra observaba que América Latina es, a principios de los noventa, una región ayuna de un paradigma ordenador de sus problemas y aspiraciones, ya que en los años ochenta se importó uno que resultó ajeno a la realidad latinoamericana. Advertía, además, de las consecuencias que esto último tuvo para el avance del pensamiento regional en el sentido de que “hay riesgos de caer en una suerte de neopositivismo que evade la discusión sustantiva, crítica, abierta, de los [...] objetivos sociales para sustituirla por un análisis supuestamente objetivo y científico de la economía de mercado, adosado a simples formalismos electorales” (Ibarra, 1993: 46).

Coincidiendo en la necesidad de un pensamiento propio, un intelectual de proyección latinoamericana como Carlos Fuentes ha dicho que el paradigma buscado tiene que surgir de nosotros mismos, ya que “por primera vez en nuestra modernidad no podemos decir: ¡ah, el modelo francés! ¡el modelo británico! ¡el modelo soviético! ¡el modelo norteamericano! Tenemos que decir: el modelo nuestro, el modelo que tome en cuenta nuestro pasado....Este es un enorme problema; crear modelos de desarrollo consonantes con lo que hemos sido, con lo que somos y con lo que queremos ser” (Marras, 1992: 41-42).

De acuerdo a estas visiones, puede decirse que después de haber importado el modelo y la doctrina neoliberal, es imperativo que se conciba y se formule una doctrina y un modelo surgidos del pensamiento y la realidad económica, socio-política, histórica y cultural de la América Latina. Puesto en la perspectiva del presente siglo, se trata en rigor de volver a hacerlo, ya que se hizo por primera vez en los años cuarenta, cuando un latinoamericano, Raúl Prebisch, concibió lo que luego vino a constituir la teoría estructuralista del desarrollo que fue impulsada desde la CEPAL y tuvo una amplia vigencia por tres décadas, siendo definitivamente reemplazada en los ochenta por el pensamiento neoliberal. En este sentido, la búsqueda parece orientarse, entonces, a encontrar un nuevo

paradigma que ofrezca una alternativa al neoliberalismo reinante, y al mismo tiempo asimile y supere al estructuralismo cepalino que lo precedió.

La necesidad de nuevos enfoques y nuevas estrategias es una preocupación común que es compartida por los mismos proponentes de la vía neoliberal, quienes de hecho se esfuerzan desde hace tiempo por encontrarle variantes a ésta e incluso alternativas. Por lo tanto, pueden distinguirse dos grandes vertientes en la búsqueda: 1) la que agruparía a las aquí denominadas visiones convencionales y 2) la que comprendería a las que se designarán como visiones alternativas.

Visiones convencionales

Éstas corresponden a aquellas perspectivas que de alguna u otra manera comparten en lo esencial los postulados y la visión neoliberal de la sociedad y el desarrollo, así como las políticas que de ellos se derivan. Un rasgo común que tienen es que no declaran la necesidad de encontrar alternativas a esa visión, que no cuestionan, ya que implícitamente consideran que sólo requiere ser ajustada y mejorada.

Una propuesta representativa de esta vertiente es la que hace la organización denominada Diálogo Interamericano en su informe “Las Américas en un Mundo Nuevo”, 1990, en el cual expresa que lo que se requiere son reformas orientadas al mercado, ya que “ahora existe acuerdo acerca de la solución general para el trauma económico latinoamericano: cortar los déficit presupuestales y controlar la inflación; abandonar las estrategias de desarrollo autárquico y poner énfasis en las exportaciones y la inversión extranjera; y reducir la participación estatal en la producción económica y la regulación” (Diálogo Interamericano, 1991: 12).

Desde una óptica similar, un analista español (Curbelo, 1992) parte de que América Latina se encuentra actualmente experimentando el aprendizaje del “penoso realismo de las fuerzas del mercado”, y argumenta que lo que se requiere es una estrategia de “ajuste positivo” que, surgida del realismo y el pragmatismo, se base en la



dinámica de la economía abierta, postulando al desarrollo tecnológico como clave para crear ventajas comparativas dinámicas. De esta manera, argumenta Curbelo, se logrará avanzar en la integración de América Latina en la economía mundial con base en la estabilidad macroeconómica y la competitividad microeconómica. La estrategia contempla tres pasos: aplicar políticas de ajuste para lograr la estabilidad; efectuar una extensa privatización de la economía, a fin de acabar con los hipertrofiados Estados de la región; y transformar la gestión del Estado a través de su descentralización.

Abriendo un poco la mira, dos analistas del Banco Mundial (Sagasti y Arévalo, 1992) sostienen que una nueva estrategia de desarrollo para América Latina, en lo que llaman el nuevo “orden mundial fracturado”, debe atender tres cuestiones centrales: la cuestión social, la capacidad científica y tecnológica, y la conducción política. Parten de que la modernización productiva es necesaria pero no suficiente para mejorar las condiciones de vida de la población, por lo que debe empezarse por abatir lo que es para ellos el problema central de la región: la elevada pobreza que padece su población. Por otro lado, observan que es imperativo reconstruir y renovar la capacidad científica y tecnológica regional para superar el retroceso que en ese respecto sufrió Latinoamérica durante los ochenta, cuando esa capacidad se convirtió en factor clave del avance económico y social de los países. Por último, aducen que es indispensable consolidar la democracia, lograr la plena legitimidad de los Estados y mejorar la capacidad de los gobiernos para arbitrar las demandas antagónicas de una sociedad más plural y más activa.

Visiones alternativas

Contrastando con las anteriores, otra corriente de pensamiento postula como punto de partida lo que el Dr. Pablo González Casanova expresó durante el llamado Coloquio de Invierno, llevado a cabo en la Ciudad de México a principios de 1992. El respetado sociólogo mexicano señalaba que al cabo de una década de aplicación de políticas neoliberales se confirmaban las hipótesis que habían

previsto que los efectos más adversos de éstas los sufrirían los países del Tercer Mundo; el hecho es que “ni desde un punto de vista lógico ni empírico” existe razón alguna para esperar que las medidas neoliberales propiciarán el desarrollo de los grupos mayoritarios en el mundo (González Casanova, 1992). Afortunadamente, continuaba, hay una conciencia creciente de sus efectos negativos dado que “las verdades sobre el desastre social del neoliberalismo tienden a ser sostenidas por grupos cada vez más amplios de expertos a partir de pruebas innegables, muchas oficiales, de las propias agencias estatales o financieras” (1992: III).

En consecuencia advertía que la búsqueda de una alternativa al neoliberalismo es un problema moral, político y social de urgente solución. “Es también el más importante problema intelectual que se plantea a las ciencias sociales de nuestro tiempo: éstas no pueden proponer un regreso al pasado sin convertirse en sal” (González Casanova, 1992: II). Apuntaba, al respecto, que será una alternativa democrática para las mayorías, una democracia social diferente del Estado benefactor pero también del populista y del surgido del socialismo real.

En respuesta a la convocatoria que hizo posteriormente sobre esas líneas el Dr. González Casanova para la creación de un Programa de Investigación sobre Alternativas Globales, el desaparecido economista chileno Pedro Vuskovic expresó que, de hecho, el neoliberalismo ha sido efectivo para reestablecer equilibrios macroeconómicos, pero sus efectos negativos han llevado a amenazar la estabilidad política de los países, a tal grado que los sectores dominantes mismos ya están buscando sustituirlo por una estrategia más flexible. Empero, advierte que las alternativas oficiales, como la experimentada en México al final del sexenio salinista, que recibió el forzado calificativo de “liberalismo social”, parecen constituir más bien una especie de neoliberalismo reformista, lo cual deja más vigente aún la necesidad de verdaderas alternativas con un “grado comparable de elaboración” (Vuskovic, 1992: 1).

En cuanto a los contornos de una posible alternativa, el Prof. Vuskovic enfatizó la necesidad de formular una nueva concepción



del desarrollo cuyo objetivo central sea la satisfacción de las necesidades sociales básicas, en lugar de sólo el logro de unos cuantos equilibrios macroeconómicos. Esta idea coincide con la que avanzara varias décadas antes el economista mexicano Antonio Sacristán, quien sostenía que la verdadera y única medida del desarrollo era el crecimiento del salario real. La premisa de que partió Vuskovic es que, contra el argumento falaz de que “primero crecer y luego distribuir”, que se usa para justificar la concentración del ingreso, “en el presente de América Latina, y en los marcos de una alternativa, la distribución es condición de crecimiento, incluso previa” (Vuskovic, 1992: 2).

Esto último deja ver que si bien existe acuerdo entre los proponentes de las visiones convencionales en cuanto la necesidad de atender la pobreza, hay también hondas diferencias sobre la manera en que se concibe a este fenómeno y sus causas, así como la forma en que se busca combatirlo. En la óptica abiertamente neoliberal, la pobreza es concebida como una enfermedad susceptible de erradicarse si se aplican los remedios adecuados; se disocia así enteramente del proceso de producción y se niega que sea producto del funcionamiento mismo del sistema. Un ejemplo típico de esta óptica se encuentra en lo que fue el Plan Nacional de Desarrollo 1988-1994, expresión acabada de la visión neoliberal del grupo en el poder en México, en el que se planteó “la erradicación de la pobreza extrema” como uno de los objetivos nacionales más prioritarios del sexenio pasado, pero en el contexto de una estrategia económica carente de todo objetivo estructural de redistribución (Palacios, 1989).

Más específicamente, Vuskovic propone una estrategia que esté orientada a generar una dinámica positiva que sea capaz de revertir el círculo vicioso, que provoca el neoliberalismo, de: “prioridad exportadora-competitividad externa-bajos salarios-contracción del mercado interno de bienes básicos; bienes exportables-alta tecnología-grandes empresarios-poco empleo-pérdida de espacio de medianas y pequeñas empresas-crecimiento de la economía informal” (Vuskovic, 1992: 3) . Para ello, concluye, es indispensable denunciar que la llamada economía de mercado es un esquema teórico interna-

mente consistente pero construido sobre el supuesto de la libre competencia, el cual está absolutamente ausente en la economía contemporánea, de ahí que el “mercado” sea “el gran responsable de las tendencias incontrarrestables a la desigualdad y la pobreza” que se padecen actualmente (Ibidem).

Otra corriente que puede ubicarse dentro de esa misma vena, si bien menos radical aunque más elaborada, es la del llamado neoestructuralismo que surgió durante los años ochenta en los cubículos de la CEPAL como una alternativa al enfoque neoliberal dominante. Esta corriente rescata la propuesta original del estructuralismo cepalino formulado por Raúl Prebisch en los cuarenta, revalora los esfuerzos y logros que se realizaron con su aplicación en América Latina durante los años cincuenta y sesenta, pero asimismo reconoce las insuficiencias y limitaciones de ese enfoque. Por lo tanto, parte de una revisión crítica (para superarlas) de las tesis estructuralistas originales, particularmente la confianza excesiva en el intervencionismo estatal; la aversión a los mercados externos; el relativo desdén por la política económica de corto plazo y la consecuente falta de respuesta a problemas coyunturales; y la subestimación de los aspectos monetarios y financieros (Ramos y Sunkel, 1991).

Otras premisas en las que se apoya son que la lógica neoliberal de integración a la economía mundial conduce a una especialización empobrecedora; que el aparato productivo de la región está desarticulado, es heterogéneo y, por lo tanto, es altamente vulnerable; y que la elevada concentración del ingreso refleja una evidente incapacidad de los programas neoliberales para abatir la pobreza.

La estrategia que propone la escuela neoestructuralista, y más específicamente Osvaldo Sunkel, postula un desarrollo “desde dentro”, esto en contraposición a la orientación hacia adentro que propugnaba el estructuralismo prebischiano. Este nuevo enfoque contempla un esfuerzo de industrialización que trascienda la sustitución de importaciones y se dirija a determinados mercados, ya sea internos o externos, que sean prioritarios para el desarrollo a largo plazo y en los que los países latinoamericanos puedan lograr una



“excelencia relativa” que les asegure una sólida inserción en la economía mundial (Sunkel, 1991).

La propuesta puede resumirse, como lo hace Kuri Gaytán (1991), en tres estrategias básicas: una de industrialización que supere el atraso, la heterogeneidad y la desarticulación del aparato industrial; otra que combine el apoyo a la sustitución de importaciones con el fomento de las exportaciones, ya que la primera nunca excluyó a lo segundo; y una tercera que permita construir una base tecnológica autónoma, sin la cual es imposible desarrollar una planta industrial, a través de la absorción y adaptación de nuevas tecnologías y la vinculación estrecha entre investigación científica y producción industrial.

Para llevar a cabo lo anterior se requiere una renovación del Estado con miras a crear un Estado “concertador” que sea el que fije la orientación global del proceso, con un horizonte a largo plazo, que deberá ser más eficiente, más flexible y más responsable, y fortalezca las funciones que le corresponden de acuerdo a la estrategia de desarrollo adoptada, desincorporando funciones empresariales y productivas en las que su intervención ya no es tan necesaria (Salazar, 1991).

Hacia un nuevo modelo

Contrastando las diferentes visiones revisadas, se puede observar que un rasgo común de las aquí llamadas convencionales es que se trata de propuestas hechas por analistas u organizaciones cuyo origen no se ubica en la región, mientras que las llamadas alternativas corresponden a aportaciones de intelectuales y analistas latinoamericanos. Otro aspecto en el que difieren ambos tipos de visiones es el relativo a la interpretación de la crisis de los ochenta, ya que las convencionales generalmente eximen al neoliberalismo, cuando menos implícitamente, de toda responsabilidad en la generación y agravamiento de la misma, en tanto que las alternativas toman como punto de partida esa responsabilidad. Derivado de esto, las primeras no llegan a cuestionar los postulados teóricos del

mercado en los cuales se sustenta el enfoque neoliberal, lo que para las alternativas constituye otro punto de partida. Por último, las visiones convencionales asumen que la búsqueda de nuevos modelos de desarrollo se ubica al margen de toda consideración ideológica y, por lo tanto, proponen cambios en el Estado que están lejos de implicar la reforma de su orientación en ese sentido; en cambio, las visiones alternativas plantean esa reforma ideológica como un paso indispensable, si bien en el enfoque neoestructuralista esto es menos explícito.

Por lo demás, un punto sobre el que hay un acuerdo general, pero al mismo tiempo diferencias de enfoque, es el relativo a la (re)integración de América Latina a la economía internacional. Existe acuerdo en que la región debe reinsertarse y mejorar los términos de su participación en los flujos económicos mundiales; en lo que hay divergencias es en cuanto a la lógica de integración que se establezca. La diferencia reside, en última instancia, en la orientación y el carácter de la estrategia de desarrollo que se adopte. Así, las perspectivas convencionales sostienen que los países latinoamericanos simplemente no se pueden abstraer del torbellino de la economía mundial y, por lo tanto, tienen que incorporarse a la misma aceptando la división internacional del trabajo vigente; las visiones alternativas, en cambio, resaltan la necesidad de replantear la lógica de integración para hacerla más acorde con los objetivos internos de desarrollo, que deberán ser establecidos de conformidad a la realidad y necesidades de cada país.

De todas estas proposiciones y visiones deberán delinarse los ejes de un nuevo modelo de desarrollo para América Latina, que le permita superar la crisis de los ochenta, retomar el crecimiento sostenido y pertrecharse para su reinsertación en la economía mundial sobre bases más sólidas. Si bien incorporando lo válido de las visiones convencionales, de acuerdo a las necesidades y realidades de la región, el nuevo modelo habrá de surgir de los planteamientos de los enfoques alternativos y de las estrategias y políticas que éstos proponen dado el mayor potencial que ofrecen para la magna tarea de conducir a los países latinoamericanos hacia la satisfacción de las



carencias sociales más apremiantes de sus respectivas poblaciones. Después de todo, dichos enfoques emanan del pensamiento latinoamericano y, sobre todo en el caso del neoestructuralismo, retoman y revaloran una añeja tradición de ese pensamiento que guió los esfuerzos regionales para superar el modelo neo-colonial primario-exportador que había regido hasta los años treinta, y propugnaba la creación de Estados independientes y una transformación de las sociedades latinoamericanas orientada, primordialmente, al mejoramiento de la distribución del ingreso como condición indispensable del desarrollo (Green, 1981).

El entorno mundial de los noventa

Cualquiera que sea su orientación teórica e ideológica, el nuevo paradigma de desarrollo para América Latina tendrá que reconocer las nuevas realidades de la coyuntura histórica que vive el mundo en esta última década del siglo XX. Se trata de un período marcado por el cambio súbito y la incertidumbre, en el que los nuevos fantasmas que recorren el mundo son fuerzas inéditas que se manifiestan más poderosas que las voluntades nacionales e individuales y, por lo tanto, están condicionando la evolución del escenario económico internacional.

Dichas fuerzas, sin embargo, no son meros entes conceptuales sino que corresponden a tendencias generadas en el seno de los procesos y actividades realizados cotidianamente por agentes concretos, que son hoy los protagonistas centrales del vasto espectáculo de la economía global que se despliega a lo largo y ancho del planeta.

Realidades geopolíticas de la posguerra fría

Si algo caracteriza al decenio de los noventa es el cúmulo de implicaciones que trajo aparejadas, y está provocando, el fin de la guerra fría y, con éste, el colapso del orden internacional que se forjó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando surgió Estados Unidos como el hegemón indiscutido y la Unión Soviética

como la potencia que le disputaba ese estatus y aseguraba así el equilibrio en la correlación de fuerzas en el mundo. La declinación económica de Estados Unidos, que se inicia a fines de los años sesenta y se hace plenamente evidente en los ochenta y noventa, coincide con el derrumbe del socialismo real y con el colapso de su referente histórico por excelencia que fue la Unión Soviética.

Charles Kindleberger (1981) ha observado que la estabilidad de cualquier régimen económico internacional depende de la presencia de una potencia hegemónica. En efecto, el declive de Estados Unidos ha conducido a una creciente inestabilidad y a fuertes tensiones, no obstante los esfuerzos que en el plano formal de la diplomacia se hacen desde mediados de los setenta para fomentar la cooperación entre los países industrializados a través del llamado Grupo de los Siete. Sin embargo, la lógica capitalista se ha impuesto y, casi cuatro lustros después, la pretendida cooperación internacional es una meta cada vez más inalcanzable en la medida en que la divergencia de intereses entre naciones es tan real y permanente como la que existe entre clases sociales al interior de esas naciones (Sweezy y Magdoff, 1987).

Esto ha conducido a lo que será un interregno geopolítico en el que el mundo vive una hegemonía compartida ante la ausencia de un hegemon indisputado, conformándose así una estructura tripolar integrada por tres macrorregiones que se perfilan para ser los protagonistas del orden internacional, en gestación, que regirá en el mundo en los albores del siglo XXI: Norteamérica, la Europa Occidental y el Pacífico Asiático.

Tendencias finiseculares dominantes

El nacimiento de ese nuevo orden está siendo condicionado y orientado por la evolución de las tendencias mundiales dominantes, en particular la globalización y el regionalismo económico. La primera corresponde a la extensión a escala realmente planetaria de las operaciones de las grandes firmas multinacionales a través del vehículo de la inversión productiva (Palacios, 1993a), lo cual está



generando cambios sustanciales en la división internacional del trabajo que había prevalecido hasta ahora. El regionalismo representa una reedición de iniciativas y procesos de integración económica con una larga tradición, de los cuales el más acabado es la integración de la Europa Occidental. El proceso europeo ha sido, de hecho, el detonante de este fenómeno que en los noventa se proyecta a todo el planeta como una fuerza incontenible, a la que es cada vez más difícil abstraerse (Ibidem).

El surgimiento de la referida tríada de las regiones hegemónicas del siglo XXI es la manifestación más tangible de esa tendencia a la formación de bloques económicos plurinacionales, uno de cuyos rasgos más característicos es la contigüidad geográfica de sus miembros. Esto ha dado lugar a un tránsito gradual de la geopolítica tradicional a lo que ha venido a ser la geoeconomía del mundo actual, en el sentido de que las relaciones internacionales están gobernadas ahora por códigos que trascienden los canales políticos y diplomáticos y se ubican en el plano de las alianzas económicas. Por otra parte, el regionalismo ha sido propiciado a su vez durante los setenta por el tránsito de lo que se conocía como economía internacional a lo que Peter Drucker llama la economía transnacional, en la que son cada vez más las regiones y no las naciones los actores protagónicos de la escena global. Es el mundo de la megacompetencia entre regiones, regida por un comercio antagónico en el que el objetivo es vencer al competidor destruyendo su capacidad para competir (Drucker, 1989).

Estas tendencias han conducido al desgaste y gradual agotamiento de la doctrina del libre comercio, justo en el momento en que el neoliberalismo que la pregona parece estar en el clímax de su influencia (Emmerij, 1992). Medidas como las políticas comerciales estratégicas (*strategic trade policies*) que implican una deliberada intervención gubernamental, y prácticas como el comercio negociado (*managed trade*), que consiste en la repartición concertada de los mercados, son hoy características del comercio entre las naciones.

Las prácticas más comunes del intercambio comercial en la presente coyuntura, sin embargo, son el proteccionismo no arance-

lario y los subsidios a la producción, éste particularmente en el caso de los bienes agropecuarios. A estas medidas recurren crecientemente los gobiernos de los países industrializados, para adecuar sus intercambios con el exterior a sus políticas e intereses económicos. Esta es otra realidad que caracteriza al mundo de los noventa.

Si bien antagónicas en principio, tanto la globalización como el regionalismo constituyen, en última instancia, las respuestas del gran capital a la crisis de fin de siglo y, más precisamente, a la tendencia subyacente del estancamiento económico global que la ha convertido en la segunda gran depresión del siglo XX. La tendencia al estancamiento es la que ha intentado contrarrestar el Grupo de los Siete a través de crecientes esfuerzos de cooperación internacional y armonización de políticas que, como puede verse, hasta ahora han resultado vanos. Sólo hasta que se entienda en su real dimensión, no como un fenómeno coyuntural de carácter cíclico, sino como una tendencia sistémica inherente al capitalismo, que emana del funcionamiento mismo del sistema, se podrán empezar a adoptar las medidas necesarias para revertirla y encauzarla (Sweezy y Magdoff, 1986). Pero en vista de que no es posible esperar que esto suceda en el corto plazo, dados los inmensos intereses en juego, el escenario económico en el que la presente generación tendrá que acostumbrarse a vivir, en el futuro previsible, estará caracterizado por recesiones recurrentes y algunos eventuales repuntes, algo no muy diferente de lo que otra generación que nos precedió experimentó hace seis décadas durante los años treinta.

Opciones de integración

En general, la coyuntura histórica de fin de siglo presenta para América Latina un mundo que se integra vía la globalización, al mismo tiempo que se divide arrastrado por un vigoroso proceso de fragmentación regional. Este proceso es protagonizado por grupos de países que buscan recomponer así su posición en la jerarquía internacional, a fin de contrarrestar, y aún revertir, las implacables fuerzas recesivas que los oprimen desde hace ya más de una década.

Es un mundo en el que se pregona el libre comercio, pero se practica un comercio negociado y subsidiado en el contexto más amplio de unas relaciones comerciales antagónicas, características de la economía transnacional que priva en los noventa.

Por lo tanto, América Latina tiene que identificar las opciones de integración que puede ofrecerle la presente coyuntura, lo que dependerá, en última instancia, de la óptica que se adopte en cada país de la comunidad regional. Antes se apuntó ya que el neoliberalismo prescribe una integración a ultranza y señala que los países atrasados que no lo hagan pueden rezagarse para siempre e incluso irse al Cuarto Mundo. Las posiciones intermedias recomiendan una integración más activa y razonada buscando nichos de actividad, no dominados por las firmas transnacionales, en los que sea posible lograr un mínimo de eficiencia para poder competir a escala internacional, y aliándose con los vecinos para formar agrupaciones regionales como la única forma de lograr reciprocidad en sus relaciones con el resto del mundo (Sunkel, 1991; Drucker, 1987; 1989). Por último, las propuestas más avanzadas plantean la necesidad de que América Latina busque una nueva inserción en la economía mundial de acuerdo a objetivos nacionales de desarrollo y a partir de una nueva lógica de integración que reconozca la improbabilidad del libre comercio, así como los riesgos que entraña el imperio ilimitado del mercado en las relaciones económicas internacionales.

Desde un punto de vista geopolítico y geoeconómico, las opciones de integración para Latinoamérica revisten dos dimensiones. Una se ubica dentro del ámbito del propio subcontinente y corresponde a los objetivos bolivarianos de integración hemisférica, hacia los que se está avanzando a través de procesos sub-regionales como Mercosur y de otras iniciativas tendientes al establecimiento de esquemas de libre comercio como las que se negocian entre México y Chile y entre el Grupo de los Tres y Centroamérica. La otra dimensión se proyecta al plano transcontinental.

Desde esa perspectiva, el mapa geoeconómico mundial abre para América Latina tres opciones de integración e intercambio. La primera es con una Norteamérica en proceso de unificación a través

del acuerdo de libre comercio entre México, Canadá y Estados Unidos, que responde a la ambiciosa Iniciativa de las Américas impulsada por éste último país; esta opción implicaría una integración a escala continental cuyo catalizador sería dicho acuerdo, pero que en realidad supone integrarse en torno a Estados Unidos conforme a una nueva Doctrina Monroe, readecuada a las necesidades geopolíticas de los noventa.

La segunda opción corresponde a Europa Occidental que, al unificarse, se ha convertido en la Unión Europea, con la que Latinoamérica ha mantenido los vínculos económicos y culturales históricamente más prolongados. La integración en este caso dependerá de la medida en que esta región líder se mantenga abierta al intercambio con el resto del mundo, y no se convierta en una fortaleza económica como se vaticina en diferentes círculos, incluyendo algunos europeos (Palacios, 1990). Una indicación de que lo primero puede prevalecer es el reciente acuerdo celebrado entre Mercosur y la Unión Europea con miras a establecer, en el futuro cercano, un acuerdo formal de libre comercio entre las dos regiones.

Por último, la otra opción que tiene ante sí América Latina es el Pacífico Asiático. Esta es la región con la que menos relaciones económicas, políticas y culturales ha tenido el subcontinente, pero que encierra un vasto potencial de oportunidades de intercambio en esta coyuntura de fin de siglo, como se discutirá en los párrafos subsiguientes.

El Pacífico Asiático como alternativa

En un trabajo anterior (Palacios, 1992) se mostró que la estrategia de desarrollo que instrumentó el gobierno mexicano en el sexenio 1988-1994, acusaba una diferencia sustancial respecto de las que se habían aplicado en los países de reciente industrialización del este y sudeste de Asia. Con ello se mostró, a su vez, lo inválido de la pretensión del régimen salinista de justificar la ortodoxia neoliberal, que había adoptado para su estrategia, aduciendo que ésta se había inspirado en las experiencias asiáticas. Lo que se proponía en dicho



trabajo, por lo tanto, es que era necesario conocer a fondo esas experiencias ya que contenían referencias relevantes para concebir y diseñar un modelo alternativo para orientar el desarrollo de México que trascendiera los confines del modelo neoliberal. El planteamiento incluía que la región oriental de Asia, conocida como el Pacífico Asiático, ofrecía asimismo un amplio potencial para diversificar las relaciones económicas de México y, por extensión, de la vertiente latinoamericana del océano Pacífico, como se discutirá en los párrafos subsiguientes.

Geografía del Pacífico Asiático

A diferencia de Europa y Norteamérica, el Pacífico Asiático es una región altamente heterogénea que se compone de una diversidad de Estados, continentales e insulares, por lo que no constituye una masa territorial compacta. Además, contra lo que se cree, la misma no ha llegado a constituir un bloque regional en tanto producto de un proceso formal de integración económica entre sus miembros, como en los casos europeo y norteamericano.

Desde un punto de vista estrictamente geográfico, el Pacífico Asiático o Asia Pacífico comprende a los Estados del continente asiático que se ubican en la margen occidental del océano Pacífico. No obstante, en un sentido geopolítico, el término es utilizado para designar a todos los Estados de esa margen, incluyendo a los de Oceanía, de acuerdo al concepto más genérico de Pacífico Occidental con base en el cual se han creado organismos de cooperación regional bajo el impulso de algunos de los países más influyentes de la región.

Los países con los que se le caracteriza se organizan en tres grupos. El primero comprende a las naciones más desarrolladas: Japón, Australia y Nueva Zelanda; al segundo lo integran los llamados países de reciente industrialización (PARI), a saber: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong; y el tercero es el correspondiente a la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA): Malasia, Tailandia, Filipinas, Indonesia, Brunei y Singapur que tiene así una doble clasificación. Estos son los países que han dado

lugar al surgimiento de la Cuenca del Pacífico como región protagónica en el escenario mundial de los años ochenta y noventa, sin contar a Estados Unidos y Canadá que son con los que se completa la fórmula geográfica 5+6+X con la que René Servoise la definía ya a mediados de la década pasada (Servoise, 1985).

A los anteriores se suma ahora China que se ha convertido en el más dinámico de todos y el que posee el mayor potencial de crecimiento dadas sus gigantescas dimensiones. Otro gigante que también debe incluirse es el lejano oriente ruso, hasta ahora marginado, pero que se apresta a ser otro actor protagónico en la región. Finalmente habría que mencionar a Viet Nam, Laos, Cambodia y Burma, los cuales aspiran a incorporarse a la dinámica regional habiendo empezado ya a gestionar su ingreso a la Ansea, cuya membresía incluiría así a las diez naciones del Sudeste Asiático.

Dinamismo económico asiático

Al margen de pretensiones promocionales, el Pacífico Asiático es hoy la región más dinámica del planeta. En términos de crecimiento económico, su desempeño sobrepasa con mucho al de los países desarrollados, los cuales han visto descender sus tasas de 5.1 por ciento en los sesenta, a 3.1 por ciento en los setenta, y hasta 2.9 por ciento entre 1980 y 1988 (Palacios, 1993d).

Mientras que los países más desarrollados con economía de mercado han observado tasas de menos de 3 por ciento anual en los últimos tres años, las nueve principales economías asiáticas han alcanzado cifras de 6.5 por ciento en promedio (PECC, 1992). Esto incluye tasas espectaculares de más de 8 por ciento, como en el caso de Corea del Sur, Malasia y Tailandia, y aun de 12 por ciento en la República Popular China. En consecuencia, de acuerdo a un reporte reciente del *Asia Wall Street Journal*, para 1994 los once principales países asiáticos, excluyendo a Japón, crecerán 7 por ciento en promedio, frente a un magro 2.7 de las 24 economías más industrializadas del mundo (*Excelsior*, 20/octubre/1993: 8F).



Este elevado dinamismo económico hace del Pacífico Asiático tanto un promisorio mercado para exportaciones como una fuente importante de importaciones. El escaso intercambio que ha mantenido América Latina con esa región abre un extenso potencial para la ampliación de ese intercambio. En 1990 sólo poco más de 11 por ciento de las exportaciones de los miembros de la Asociación Latinoamericana de Integración (Aladi) se destinaron a Asia Pacífico, siendo la proporción aún más reducida en 1980, cuando sólo alcanzó 7 por ciento (Mattos, 1993: 15). Las cifras correspondientes en lo que a importaciones se refiere, fueron de 10 y 9 por ciento, respectivamente.

En sentido inverso, la participación de América Latina en el comercio exterior de Asia Pacífico ha sido realmente insignificante. Del lado de las exportaciones esa participación fue de 2.2 y 2.4 por ciento en 1980 y 1990, respectivamente, mientras que en las importaciones las cifras fueron 2.8 y 1.3, respectivamente (Mattos, 1993: 10).

Finalmente, como consecuencia de sus altas tasas de crecimiento, en el Pacífico Asiático se generan actualmente los excedentes financieros más elevados del mundo, en particular en Japón, Corea del Sur y Taiwán. En 1989, Japón aportó la quinta parte de los flujos mundiales de inversión extranjera directa, convirtiéndose en el principal proveedor de capitales productivos, mientras que Taiwán surgió como otro importante exportador al superar a países como Canadá e Italia (Palacios, 1993c).

En este rubro también se abren posibilidades importantes para ampliar el intercambio económico si se considera que la participación de América latina en el total acumulado de inversión japonesa en el mundo ha caído de 19 por ciento en 1986 a 12 por ciento en 1993 (Palacios, 1993c). Algo similar sucede en el caso Corea del Sur: de un total de 1,920 millones de dólares que tenía invertidos este país en el mundo en 1990, sólo 172, que equivalen a 9 por ciento, se ubicaban en Centro y Sudamérica; la mayor proporción individual, que acendía a un insignificante 0.59 por ciento, correspondió a México (Mattos, 1993: 34).

La vía asiática como referente económico y político

Más allá de la importancia que reviste como mercado de exportaciones y fuente de capitales, el Pacífico Asiático ofrece una serie de experiencias relevantes para el diseño y aplicación de estrategias de desarrollo en América Latina. Desafortunadamente dichas experiencias han sido tergiversadas debido a diversas lecturas que se han hecho de ellas con fines apologeticos.

Como se ha demostrado en varios estudios (Jenkins, 1991; Palacios, 1992), esas interpretaciones parciales han sido utilizadas para justificar la entronización de estrategias y políticas de corte neoliberal en los países latinoamericanos desde mediados de los ochenta. Esto se hizo a través de estudios como el de Bela Balassa et alius (1986) en el que se argumentaba que América Latina se había rezagado del Este Asiático debido a la orientación hacia adentro de sus políticas de desarrollo, la falta de incentivos al ahorro y a la inversión, y el excesivo peso del Estado en la economía, en oposición a lo que habían hecho los asiáticos para realizar sus espectaculares logros económicos. En el caso mexicano, una argumentación similar estaba contenida en el discurso político de Carlos Salinas en el que se postula que Japón y los dragones asiáticos son ejemplos a seguir para alcanzar el desarrollo (Palacios, 1992).

Una evaluación no apologetica de las experiencias asiáticas puede llevar a identificar las lecciones que en realidad ofrecen para otros países y regiones, siendo las más importantes el que la intervención activa del Estado es indispensable para lograr las metas de desarrollo que se propongan; que una protección selectiva es vital como complemento de un fomento agresivo a las exportaciones; y, en fin, que es necesaria una perspectiva de largo plazo en las políticas de desarrollo que sólo un Estado fuerte puede instaurar (Palacios, 1993b).

En el plano político-ideológico, las naciones del Pacífico Asiático presentan un modelo singular de organización política que el propio Francis Fukuyama ha considerado como "la alternativa asiática del autoritarismo blando", en el sentido de que constituye el único gran



competidor de la democracia occidental que fue antes, para ese analista, el modelo universal (Fukuyama, 1992). Esta alternativa parte de las tradiciones confucianas que comparten las sociedades asiáticas, de acuerdo a las cuales éstas se organizan según jerarquías grupales no igualitarias en las que los intereses del grupo están por encima de los del individuo. De esta manera, continúa Fukuyama, el capitalismo se ha vuelto en Asia más universal que la democracia, al descubrirse la forma de hacer compatible la economía de mercado con una suerte de autoritarismo que “más que reprimir persuade”. En consecuencia, es el extraordinario desempeño económico de esas naciones lo que constituye la principal fuente de legitimación de este “autoritarismo blando”, que se ha convertido así en “el cimiento de una sociedad de veras moderna basada en la tecnología al promover una fuerza de trabajo altamente educada y disciplinada” (Fukuyama, 1992: 17).

Por otra parte, la singularidad del modelo asiático es referida asimismo en círculos académicos en los que se discute la evolución de la naturaleza y funciones del Estado. En su análisis del tránsito que, según él, se está produciendo del Estado keynesiano de bienestar a lo que él mismo denomina Estado productivista schumpeteriano, Bob Jessop (1993) apunta que las experiencias de Asia Pacífico son utilizadas actualmente como ejemplos de solución para las crisis por las que se atraviesa en Occidente. Añade que las mismas representaron siempre excepciones al Estado keynesiano, al que evadieron desarrollando regímenes productivistas que enfatizan el lado de la oferta, logrando así unas vigorosas economías orientadas a la exportación. En esta forma, los modelos asiáticos prefiguraron desde los años sesenta y setenta lo que se perfila ser en los noventa, y más allá, el Estado productivista schumpeteriano, lo cual vino a ser la clave de sus extraordinarios logros económicos. Jessop termina señalando que es “el éxito mismo de la vía japonesa lo que está reforzando ahora las presiones sobre los otros dos integrantes de la tríada de polos de crecimiento para abandonar el Estado keynesiano de bienestar por estrategias productivistas de corte schumpeteriano” (Jessop, 1993: 36).

En suma, las experiencias de desarrollo y organización socio-política de las naciones del Pacífico Asiático ofrecen orientaciones de evidente relevancia para los países latinoamericanos en su búsqueda de nuevas vías para reencauzar su proceso de desarrollo. Es en ellas donde se han gestado las formas de organización y los métodos de producción que caracterizan a la emergente fase de la especialización flexible post-fordista, los cuales están reemplazando a los correspondientes a la producción en masa del fordismo que predominaron a lo largo de la mayor parte del presente siglo. Esta circunstancia se combina con las posibilidades que presentan los países asiáticos como fuentes de capitales, como mercados de exportación y, por lo tanto, como socios comerciales. De esta manera, el Pacífico Asiático aparece no sólo como una de las regiones protagónicas en el mundo de las posguerra fría, sino además como aquella en la que se crean las formas de gestión económica que regirán en el próximo siglo, que se conoce ya como la Era del Pacífico.

Potencial de integración

Las posibilidades para ampliar el intercambio y estrechar los vínculos entre América Latina y el Pacífico Asiático son diversas. A lo largo de las últimas dos décadas se han desarrollado diferentes organismos de cooperación de acuerdo a la idea de ir construyendo una comunidad de naciones en la Cuenca del Pacífico.

En sus inicios dichos esquemas incluían sólo a países de la margen occidental del gran océano, con la excepción de Estados Unidos y Canadá dado el elevado peso específico de estas economías en la región y su poder estratégico. Con el tiempo, empero, se empezó a desarrollar un concepto de cooperación más amplio que hoy caracteriza a los procesos de la región, según el cual, desde fines de los ochenta, se han empezado a incorporar a países de la margen latinoamericana.

Los organismos más importantes que operan actualmente son: el Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC, en inglés), que agrupa a empresarios de 15 países de la región, incluyendo cuatro



latinoamericanos; el Consejo de Cooperación Económica del Pacífico (PECC), que comprende a empresarios, académicos y representantes gubernamentales de 18 países, entre los que están México, Chile y Perú; y el esquema de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), organismo ministerial impulsado por Australia que originalmente se inspiró en el concepto de Pacífico Occidental, o sea, exclusivo de la margen occidental del océano, pero que luego tuvo que conceder membresía a Estados Unidos y Canadá; algunos países latinoamericanos como México y Chile han sido asimismo admitidos, siendo el primero miembro de pleno derecho del organismo desde noviembre de 1993.

Es decir que estos esfuerzos para crear mecanismos institucionales de cooperación se han ido ampliando para dar cabida a una cooperación más diversificada y de alcance transpacífico que abre cada día más oportunidades para que las naciones de la margen latinoamericana puedan ampliar su participación y, por lo tanto, sus vínculos con las vibrantes economías del Pacífico Asiático.

Comentarios finales

Pasada la fase más crítica de la amarga experiencia de la década perdida, América Latina tiene ante sí una agenda fundamental en los noventa que incluye: la necesidad de reiniciar el crecimiento sobre bases más sólidas; la impostergable tarea de mejorar sustancialmente la distribución del ingreso y abatir la pobreza extrema; y el desafío de replantear su participación en el exterior y reinsertarse en la economía mundial, así como en la continental, a partir de una nueva lógica de integración cuyo eje y guía sean los objetivos nacionales de desarrollo que se establezcan en cada país. Esto, a su vez, deberá partir de una clara conciencia de la improbabilidad del libre comercio y de la vigencia del comercio antagónico que en realidad priva hoy en el mundo.

Para llevar a cabo esa agenda, América Latina requiere de una nueva plataforma teórica e ideológica, alternativa al neoliberalismo, que reconozca y supere, como lo urgía Karl Polanyi desde hace medio

siglo, la falacia del libre mercado como mecanismo autorregulador de la economía y la sociedad, y con ello el carácter esencialmente utópico del modelo de competencia perfecta en el que, en última instancia, se fundan la doctrina neoliberal y los dogmas monetaristas que la apuntalan. Se requiere, a su vez, que a partir de esa plataforma se conciba un nuevo paradigma social que nazca de las realidades histórico-culturales de la región y emane de las tradiciones vernáculas del pensamiento latinoamericano. Lo que aquí se propone es que, en el plano programático, dicho paradigma combine la crítica doctrinal de González Casanova y Vuskovic con las proposiciones teóricas y estratégicas de la escuela neoestructuralista de Sunkel y Ramos, y propugne como objetivo central la reconstrucción y preservación de una base mínima de independencia política, tecnológica y productiva que les permita a los Estados de la región un suficiente margen de maniobra para instrumentar estrategias y políticas conducentes al logro de sus objetivos nacionales.

La idea es que ese paradigma sirva para la formulación de un nuevo concepto de desarrollo que a su vez oriente la construcción del nuevo modelo post-neoliberal para América Latina. Independientemente de las variantes y modalidades concretas que adopte, ese modelo deberá postular como objetivo central la satisfacción de las necesidades más vitales de la sociedad y apoyarse primordialmente en el mercado interno y en los recursos que cada país pueda generar, dejando un papel complementario y subordinado a los recursos provenientes del exterior. En este esquema, las exportaciones se concebirán como un mero instrumento para alcanzar las metas que se fijen y no como un fin en sí mismo, como lo dicta la lógica neoliberal; esto supondrá combinar una protección selectiva de sectores y/o industrias prioritarias con un impulso vigoroso a las exportaciones, las cuales deberán convertirse en la fuente principal de obtención de divisas y, por consiguiente, en la alternativa necesaria a los expedientes perniciosos del endeudamiento y el capital extranjero volátil y especulativo.

Todo lo anterior requerirá del establecimiento de metas y objetivos de desarrollo a mediano y largo plazo dentro de un esquema



coherente de planificación nacional a todos los niveles que permita asimismo la formulación de políticas sectoriales y regionales que provean los parámetros necesarios y orienten el proceso hacia la consecución de dichos objetivos. Para ello será indispensable una participación amplia del Estado como orientador y propiciador del esfuerzo nacional, en el que dicho proceso se tendrá que sustentar. Se tratará de un Estado reformado, con una orientación ideológica que trascienda el dogma neoliberal y catalice las fuerzas sociales de acuerdo a la nueva concepción del desarrollo que emerja del nuevo pensamiento latinoamericano.

Apoyados en el nuevo modelo, los países latinoamericanos estarán en condiciones de iniciar su reinserción a los circuitos de la economía mundial sobre bases más sólidas que les permitan revertir el estatus de subordinación al que han estado sometidos históricamente. En la presente coyuntura, el subcontinente se enfrenta a un mundo que se divide en tres macrorregiones que se perfilan como los actores centrales de la escena global en el siglo XXI. De ellas, el Pacífico Asiático destaca como un recurso valioso que tiene ante sí América Latina para informar sus procesos de desarrollo al interior y diversificar sus relaciones con el exterior en esta turbulenta época.

En ese sentido, sólo cabe añadir que conviene cobrar conciencia de que uno de los fenómenos más trascendentales de fin de siglo es el surgimiento de lo que Nathan Gardels (1993) llama el mundo post-atlántico, entendido como el nuevo orden mundial que está tomando forma en los noventa, que está dirigido por las economías del Este de Asia y tuvo su origen en el singular capitalismo que se desarrolló en esta región como variante y excepción respecto al capitalismo occidental que ha predominado en el mundo. Se trata, por lo tanto, de una realidad que habrá que enfrentar, empezando por conocerla. Esto implica la necesidad de acercarse a las sociedades en las que se está gestando, es decir, las del Pacífico Asiático.

Después de todo, ese acercamiento será parte de lo que Octavio Paz (1992) considera como el [Re] encuentro de Oriente y Occidente, ahora que “el fin de la concepción lineal del tiempo y el derrumbe de las utopías occidentales, como el descubrimiento oriental de la

democracia y la ciencia moderna, hacen converger hoy a los dos extremos del mundo de una manera no vista antes". ☞

Balassa, Bela, Gerardo Bueno, P. Kuczynski y M. Simonsen, *Toward Renewed Economic Growth in Latin America*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1986.

Bienefeld, Manfred, "The lessons of history and the developing world", *Monthly Review* 41/3, 1989, pp. 9-41.

Comisión Económica para América Latina, "Panorama económico de América Latina, 1990", en: *El Mercado de Valores* I/2, 1991a, pp. 15-23.

Comisión Económica para América Latina, "Panorama económico de América Latina, 1991", en: *El Mercado de Valores* I/23, 1991b, pp. 15-23.

Comisión Económica para América Latina, "Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1992", *El Mercado de Valores* I/III/3, 1993, pp. 4-22.

Curbelo, José Luis, "Desarrollo y políticas en América Latina en el cambio de siglo", en: *Comercio Exterior* 42/9, 1992, pp. 811-821.

Drucker, Peter F., "La cambiada economía mundial", *Investigación Económica* México, UNAM, 1987, (Citado en Kuri Gaytán, 1991: 449).

Drucker, Peter F., *The New Realities. In Government and Politics / In Economics and Business / In Society and World View*, Nueva York, Harper & Row, 1989.

Emmerij, Louis, "Globalization, regionalization and world trade", *Columbia Journal of World Business*, Reprint 2726 (Summer 1992), pp. 6-13.

Fukuyama, Francis, "La alternativa asiática del autoritarismo blando", *Vuelta* 190, 1992, pp. 17-18.

Gardels, Nathan, "El nuevo orden del capitalismo", *Cuaderno de Nexos* 61, 1993, XVII-XIX.

González Casanova, Pablo, "La crisis del Estado y la democracia en el Sur: el discurso de la globalidad", *Perfil de La Jornada* febrero 14, 1992.

Referencias



Referencias

Green, Rosario, (Coord.), *En Torno al Estado y el Desarrollo* Fernando Henrique Cardoso y Raul Prebisch, México, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, Editorial Nueva Imagen, 1982.

Ibarra, David, "Equidad y desarrollo", *Nexos*(abril, 1993), 184 pp. 41-46.

Instituto de Investigaciones Económicas, "Preámbulo", Seminario Nacional sobre Alternativas para la Economía Mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Jessop, Bob, "Towards a Schumpeterian Workfare State? preliminary remarks on post-fordist political economy", *Studies in Political Economy*40, 1993, pp. 7-39.

Kindleberger, Charles, "Dominance and leadership in the international economy", *International Studies Quarterly*25/2, 1981, pp. 242-254.

Kuri Gaytán, Armando, "Apuntes sobre las opciones de desarrollo para México en América Latina", *Comercio Exterior*41/5, 1991, pp. 447-454.

Marras, Sergio, *América Latina, Marca Registrada* Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, 1992.

Mattos, José Carlos, "Economic relations between Latin América and Asia-Pacific: recent trends and future challenges", Santiago de Chile, Economic Commission for Latin América and the Caribbean, 1993, Working Paper No. 14.

Pacific Economic Outlook Project, *Pacific Economic Outlook 1992-1993*, Washington, D.C., National Committee for Pacific Economic Cooperation, 1992.

Palacios, Juan José, "Límites y perspectivas del PND-2", *Semanario Diez*13-14, 1989, pp. 16-17.

Palacios, Juan José, "México frente a la formación de bloques multinacionales de comercio: perspectivas de intercambio con la Comunidad Europea", en: *Memoria del Foro Nacional de Consulta sobre las Relaciones Comerciales de México con el Mundo* Tomo III. México, Senado de la República, 1990, pp. 241-247.

Palacios, Juan José, "El nuevo Estado mexicano y la Cuenca del Pacífico: variantes y realidades de la vía neoliberal al desarrollo", pp. 99-126 en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (Coords.) *El Nuevo Estado Mexicano* Tomo I. México, Editorial Nueva Imagen, 1992.

Palacios, Juan José, "Regionalismo vs. globalización: algunas implicaciones para el Pacífico Asiático", *Revista Universidad de Guadalajara* 3 (Invierno 1992-Primavera 1993), pp. 106-112.

Palacios, Juan José, "Replicable models?: notes on the relevance of East Asian development experiences for Latin American countries in the 1990s", Trabajo presentado en la 1993 Trans Pacific Conference, Center for Pacific Rim Studies, Universidad de California, Los Angeles. Mayo, 1993, pp. 19-21.

Palacios, Juan José, "Inversión e integración regional en el Pacífico: entre los acuerdos y los procesos 'naturales' ", *Comercio Exterior* 43/12, 1993, pp. 1128-1138.

Palacios, Juan José, "Inversión extranjera directa y globalización", *El Financiero*, 19 de agosto, 1993, 34A.

Paz, Octavio, "Tiempos cruzados. Entrevista con Nathan Gardels", *Vuelta* 16/190, 1992, pp. 11-14.

Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza (PNUD), "Declaración de Quito. Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe", *Comercio Exterior* 41/5, 1991, pp. 463-466.

Ramos, Joseph y Osvaldo Sunkel, "Introducción: hacia una síntesis neoestructuralista", pp. 15-32, en: Osvaldo Sunkel, *El Desarrollo desde Dentro*, 1991.

Sagasti, Francisco R. y Gregorio Arévalo, "América Latina en el nuevo orden mundial fracturado: perspectivas y estrategias", *Comercio Exterior* 42/12, 1992, pp. 1102-1110.

Salazar, José Manuel, "El papel del Estado y del mercado en el desarrollo económico", en: Osvaldo Sunkel, *El Desarrollo desde Dentro*, 1991, pp. 455-500.

Servoise, René, "El Pacífico: nuevo 'nuevo mundo'", *Politique Etrangère* 1/85 pp. 101-117. Reproducido en *Contextos* 3/54, 1985, pp. 31-39.

Sunkel, Osvaldo (Comp.), *El Desarrollo desde Dentro. Un Enfoque Neoestructuralista para la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, Serie Lecturas No. 71, 1991.

Sunkel, Osvaldo, "Del desarrollo hacia adentro al desarrollo desde dentro", pp. 35-80 en Osvaldo Sunkel, *El Desarrollo desde Dentro*, 1991.

Sweezy, Paul y Harry Magdoff, "International cooperation—a way out?", *Monthly Review* 39/6, 1987, pp. 1-19.

Vuskovic, Pedro, Carta al Dr. Pedro González Casanova, Santiago de Chile, 6 de noviembre de 1992.

Referencias

